

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

CÓMO ACTÚAN LAS ORACIONES

Utiliza su poder

QUIETUD

Cómo acceder a lo mejor de lo mejor

CURACIÓN POR LA VÍA DE LA HUMILDAD

Dios obra de maneras misteriosas



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: **www.conectate.org**

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 23 06 05

Argentina:

Casilla 10
Correo de Mendoza
M- 5500
conectateconosur@conectateac.com

Colombia:

Conéctate
Aptado Aereo 85178
Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com
Tel. :(1)7586200

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.702
Correo 21
Santiago
(09) 94 69 70 45

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedeurope@activated.org
(44-0) 845 838 1384

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@actmin.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

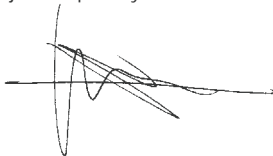
«Dios halla formas de comunicarse con quienes lo buscan diligentemente —escribió Philip Yancey, célebre periodista y autor de obras cristianas—, sobre todo cuando bajamos el volumen de las interferencias que saturan el entorno». Cerca de 300 años antes, Isaac Newton hizo el mismo descubrimiento, que explicó de la siguiente manera: «Tomo mi telescopio y observo en el espacio cuerpos celestes que se encuentran a millones de kilómetros de distancia. No obstante, puedo dejar a un lado mi telescopio, retirarme a mi alcoba y, en oración ferviente, acercarme más a Dios y al Cielo que si contara con todos los telescopios y agentes materiales que hay en la Tierra».

Unas palabras de Virginia Brandt Berg llevan aún más lejos este pensamiento. Ella describió así el poder renovador de la oración meditativa: «Cuando te desentendes de las cosas temporales que te distraen y te hostigan, y en la presencia de Dios te concentras en lo celestial, en Su majestad y Su gloria, entonces empieza a obrar el poder transformador de Dios».

Lo que no queda del todo claro es en qué nos transformamos. Esta es la mejor parte. El apóstol Pablo se encarga de aclararlo: «Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen» (2 Corintios 3:18). Es decir, adoptamos la naturaleza divina.

Ahora bien, si la reflexión silenciosa puede producir tales resultados —ponernos en comunicación directa con Dios y revestir de divinidad nuestra humilde condición humana—, ¿por qué no la practicamos con más asiduidad? Las más de las veces se puede atribuir a esas «interferencias que saturan el entorno». Nos distraemos con nuestras obligaciones y actividades rutinarias, el ajetreo que nos rodea, la permanente riada de información que nos inunda, el mundo del espectáculo y por supuesto nuestros propios pensamientos. Además, desligarnos de todo para entrar en la presencia de Dios demanda esfuerzo, particularmente cuando no nos hemos hecho el hábito.

¿Cómo se adquiere ese hábito? Con estímulos y con la práctica. El presente número de *Conéctate* te servirá de estímulo. Y para empezar a practicar, ¿qué mejor día que hoy?



GABRIEL, EN NOMBRE DE CONÉCTATE

AÑO 8, NÚMERO 7 Julio de 2007
DIRECTOR Gabriel Sarmiento
DISEÑO Giselle LeFavre
ILUSTRACIONES Doug Calder
PRODUCCIÓN Francisco López

© Aurora Production AG, 2007. <http://es.auroraproduction.com>
Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.
A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia,
© Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



Julia Kelly

Curación por la vía de la humildad

TODA MI INFANCIA FUI TARTAMUDA.

Uno de los primeros recuerdos que tengo es de cuando mi mamá me decía: «Cálmate. Habla más despacio». Cada oración se me hacía difícil. A veces tardaba diez minutos en armarme de valor para preguntarle a alguien qué hora era. Me horrorizaba hablar con extraños; hablar con mi familia y mis amigos era ya un martirio, cuánto más con desconocidos. La gente me decía que no lo notaba mucho, pero era porque yo evitaba hablar. Cuando no me quedaba más remedio, escogía las palabras *con pinzas*, decía lo menos posible y hablaba lo más rápido que podía para evitar la vergüenza, la sensación de impotencia y las miradas de lástima.

A los dieciséis años ya le había pedido tantas veces a Jesús que me sanara de mi tartamudez que prácticamente me había convencido de que no era Su voluntad que me curara. Así que resolví buscar formas de paliar aquel problema que no tenía visos de que fuera a desaparecer. A veces, sin embargo, me preguntaba adónde habían ido a parar mis múltiples oraciones. Poco me imaginaba que estaba a punto de descubrirlo.

Un día, mientras pasaba un rato tranquilo con Jesús, escuché Su voz en mi interior, que me decía claramente: «En vez de pedirme que te cure, ruega que este defecto te vuelva más humilde».

¿Más humilde? ¿No era suficiente la humillación que sufría cada vez que intentaba hablar?

Volví a escuchar Su voz: «Permíteme obrar en tu vida como a Mí me parezca mejor. Una vez que hayas aprendido lo que quiero enseñarte, te curaré».

En ese momento supe que debía dejar de imponerle mi plan a Dios y más bien someterme al Suyo.

En vez de pedirle sanación como siempre había hecho, recé para que mi tartamudez me volviera más humilde. Además puse en práctica algo que durante toda la vida había hecho lo indecible por evitar: leer en público. Me aventuré a leer en voz alta durante las reuniones a las que asisto todos los días para estudiar la Palabra de Dios y orar. Estoy segura de que no era fácil para los demás quedarse escuchando pacientemente cuando me tomaba un montón de tiempo leer un solo párrafo. Cada vez que me tocaba leer, me daba un sudor frío; pero seguía adelante. Deduje que si seguía esforzándome por superar aquellos difíciles momentos, algo cambiaría; y a la larga, eso fue precisamente lo que sucedió.

Al cabo de una semana de implorarle al Señor que me volviera más humilde, mi tartamudez desapareció por completo. Eso ocurrió hace tres años; desde entonces no se me ha vuelto a trabar la lengua. ¡Me había pasado cantidad de años rezando para que Jesús me curara, cuando lo que en verdad me hacía falta era orar para hallar la voluntad de Dios y seguir Sus instrucciones! ◀

Julia Kelly es miembro de La Familia Internacional en EE.UU.

Quiétude

Virginia Brandt Berg

«ESTAD QUIETOS, Y CONOCED QUE YO SOY DIOS» (Salmo 46:10). En cierta ocasión el Señor se valió de ese versículo de la Biblia para enseñarme algo muy importante y demostrar Su capacidad para facilitarnos orientación rápida y explícita cuando le prestamos oído en oración.

Tenía que comunicarme con una mujer, pero no tenía su dirección. Era un asunto urgente. Todo mi ser palpitaba de ansiedad. Me parecía que iba a estallar en mil pedazos si no le hacía llegar un mensaje. Mientras rezaba para saber qué hacer, de golpe me vino una paráfrasis de un pasaje de las Escrituras: «Serénate. Estate quieta y reconoce que Yo soy Dios».

Cuando me senté, me tranquilicé y le pedí al Señor que interviniera para evitar una catástrofe, Él me habló al corazón: «Escribe

una nota y llévala al apartamento donde vivía ella antes. Tal vez tenga que volver allí por algún motivo; o a lo mejor un inquilino del edificio que sabe su nuevo domicilio hallará tu nota y le avisará que se comunique contigo».

Total que escribí la nota y fui a su apartamento a entregársela. En el preciso instante en que llegué, nota en mano, se presentó nada más y nada menos que la persona con la que tenía que comunicarme.

Es increíble la maestría con que Dios resuelve las cosas. Aquello me enseñó que —tal como dice Su Palabra— mi fortaleza reside en la quietud (Isaías 30:7). En el frenesí de la vida moderna es más necesario que nunca que nos bañemos en el mar de la serenidad divina. Para conocer plenamente a Dios es preciso que nuestros

pensamientos y nuestro espíritu estén tranquilos y en paz. «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios».

¿De qué modo el tranquilizarme me hizo «conocer que Él es Dios»? Pues por el hecho de que cuando Él respondió tan milagrosamente a mi oración se puso de manifiesto una vez más la sublime verdad de que Él es Dios.

Muchas personas tienen el concepto erróneo de que la quietud que menciona ese versículo es una suerte de tensión controlada, una pose ensayada. Piensan que de alguna manera pueden reprimir la ansiedad. Puede que en algunos casos lo logren, pero aun así, no alcanzan sino una calma superficial; por dentro son un hervidero de pasiones. Esa no es la quietud a la que nos referimos. La serenidad divina no es sinónimo de pasividad. Se



trata de una auténtica paz de espíritu que trae aparejada una formidable lucidez mental. Es en esa paz que llegamos a comprender cuál es el designio y la voluntad de Dios.

Sé por experiencia que la serenidad divina suele ser producto de pruebas y tribulaciones. ¿Por qué? Porque los avatares de la vida aplacan el alma; el sufrimiento nos confiere un espíritu humilde. ¿Estás atravesando un momento difícil? Serénate y preséntate con calma ante el Señor. Él te indicará cómo obtener dulzura de esa dificultad, te enseñará cosas hermosas por medio de ella; pero debes buscar la quietud. En esos gratos momentos de silencio y devoción, Él te hablará al alma.

No fue en el terremoto, ni en el fuego,
ni en el viento, ni en la
atroz tormenta,
sino en la quietud, en el
sosiego,
cuando escuchó susurros
el profeta.
Guarda silencio ante Dios,
alma mía.
Aunque te halles sumida en
un mar
de afanes que te roban la
alegría,
en la calma oirás a Dios
hablar.

Mary Rowles Jarvis

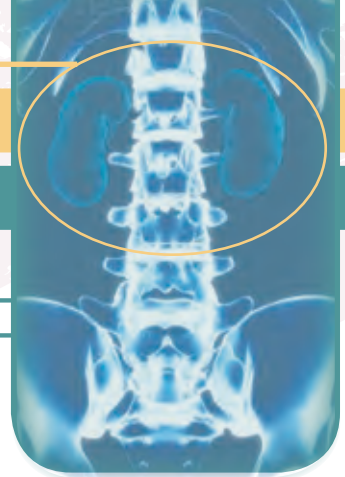
¿Qué debe hacer el creyente en tiempos lúgubres? Guardar silencio y escuchar. Depositar su confianza en el nombre del Señor, apoyarse en su Dios. Quedarse quieto, como dice el versículo, quedarse quieto y escuchar. Lo primero que conviene hacer es *no hacer nada*, quedarse quieto. Aunque vaya a contrapelo de la naturaleza humana, es lo más atinado que podemos hacer. Un viejo adagio reza: «Cuando estés nervioso, no te apures». Dicho de otro modo, cuando no estés seguro de lo que debes hacer, no reacciones apresuradamente, a tientas y a ciegas, esperando que se dé lo mejor.

Hubo veces en que me vi envuelta en una neblina espiritual y me moría de ganas de salir de ella por mis propias fuerzas. Sentía que debía ponerme a desenmarañar los hilos o a buscar una solución al problema, que tenía que hacer algo. Mis energías humanas me impulsaban a salir corriendo a resolver la situación. Pero he aprendido que aunque poner empeño ayuda un poco, es mucho mejor anclar mi nave, no preocuparme de que tiree un rato las amarras y simplemente confiar en Dios.

Quédate quieto y verás lo que hará Dios. Cuando nos serenamos y confiamos en Él, le damos oportunidad de obrar. Con frecuencia al preocuparnos le impedimos hacer todo lo que podría hacer. Si estamos distraídos y tenemos el espíritu turbado, no le dejamos hacer mucho por nosotros. La paz de Dios debe tranquilizarnos y dar reposo a nuestra alma.

Pon tu mano en la mano de Dios y déjate llevar por Él hacia el radiante sol de Su amor. Procura la quietud. Da lugar a que Él intervenga en tu favor. «Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego —aquietando nuestro espíritu delante de Él—, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4:6,7). ⇐

Mi primer milagro



HACE UNOS AÑOS, cuando conocí a un par de misioneros de La Familia Internacional, los invité a mi casa, dado que necesitaban un lugar donde hospedarse. Accedí además a que dieran clases de la Biblia en la sala de estar. Sin embargo, no capté de inmediato todo lo que me decían de Jesús. Leí los textos que me dieron, pero me mantuve escéptico y algo distante.

Luego sucedió algo que alteró la situación.

Una mañana, mientras trotaba por el vecindario como acostumbraba hacer todos los días, sentí una punzada en la espalda que me hizo doblarme de dolor. Ya hacía una semana que me daban dolores así. El dolor no disminuyó; antes fue en aumento. Aquella noche tuve bastante fiebre. Fui a hacerme un reconocimiento y expliqué los síntomas: sangre en la orina, dolor, fiebre... El diagnóstico preliminar fue que tenía cálculos renales, y que mi caso era bastante grave. Me hicieron más

análisis y me dijeron que volviera al día siguiente a recoger los resultados.

Enfermo de cuerpo y espíritu, volví a casa para descansar. Entonces expliqué mi sufrimiento a los voluntarios que se estaban alojando allí. Naturalmente, se ofrecieron a orar conmigo. Obstinado, les respondí:

—No, creo que me falta fe.

Sonriendo, me dijeron:

—¡Pues recemos también por eso!

Y así hicieron. Rogaron por mi rápida y completa recuperación de lo que fuera que me aquejara y para que me curara de mi incredulidad. Leyeron pasajes de la Biblia sobre la sanación y los invocaron como si se tratara de promesas que Dios hubiera hecho específicamente para mí.

Al final del día, casi sin advertirlo, me encontré leyendo una y otra vez aquellos versículos. Poco a poco me invadió una sensación de tranquilidad.

Algo desconocido estaba echando raíz en mi corazón: era una diminuta semilla de fe.

A la mañana siguiente me sentía mucho mejor, así que fui primero a trabajar a la oficina y luego al hospital para hacerme más análisis. El médico no sabía qué pensar: estaba desconcertado. Leía y releía los resultados hasta que finalmente me los entregó y trató de explicar lo que yo ya sabía: ¡las radiografías mostraban que no tenía nada! Incluso el análisis de orina dio negativo, y eso que yo mismo había visto el tinte rojo en las primeras muestras. ¡Me había curado!

El médico dijo que casi parecía que los análisis del segundo día correspondieran a otro paciente. Sin embargo, yo estaba seguro de que había sucedido un milagro. El dolor que me había atormentado toda la semana mientras trotaba se había disipado.

Ya nada me dolía; habían desaparecido todos los síntomas de cálculos renales, y su lugar fue ocupado por la fe. Aquella noche, al leer la Biblia con los integrantes de La Familia, lo hice desde una perspectiva totalmente distinta; no como un simple estímulo intelectual, sino reconociendo que —como dijo Jesús— aquellas palabras eran «espíritu» y «vida» (Juan 6:63). Las palabras que me habían salvado la vida me condujeron a una nueva y maravillosa existencia. ⇐

Chuck Delgado y Nyx Martínez son miembros de La Familia Internacional en las Filipinas.

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

¿BASTA CON UNA SOLA ORACIÓN?

La oración es un acto de fe; oramos porque creemos que Dios puede respondernos y va a hacerlo. Sin embargo, en ciertas ocasiones no nos responde con tanta prontitud como quisiéramos o esperamos, y eso pone a

porque nuestros móviles no son puros. «Pedís, y no recibís, porque pedís mal» enseñó el apóstol (Santiago 4:3). Puede darse también el caso de que, por más que pidamos con buenas intenciones, Dios esté en cierto sentido atado

de dando por hecho lo que hemos pedido y agradeciéndoselo aun antes que llegue. También puede ocurrir que la respuesta no coincida con lo que habíamos pedido, pero que en realidad sea lo mejor para nosotros, y en esos casos debemos reconocer la mano de Dios.

¿QUÉ DEBO HACER SI REZO Y NO OBTENGO UNA RESPUESTA ENSEGUIDA, O AL MENOS EN UN PLAZO PRUDENCIAL? ¿BASTA CON UNA SOLA ORACIÓN, O DEBO SEGUIR ORANDO HASTA QUE DIOS ME RESPONDA O ME INDIQUE A LAS CLARAS QUE NO VA A CONCEDERME LO QUE LE PEDÍ?

de manos a causa de las decisiones erróneas de otras personas, puesto que Él otorga a cada uno

prueba nuestra fe. En tales casos, cuando seguimos orando —no con una actitud escéptica o acusatoria, como increpándolo por no habernos respondido, sino confiando en que nos responderá a Su tiempo— le demostramos que no hemos perdido la fe.

No obstante, en ciertos casos llega un momento en que es preciso que dejemos de orar, al menos mientras reevaluamos la situación. Con el tiempo cambian las circunstancias, por lo que tal vez es necesario que modifiquemos o adaptemos nuestras plegarias. En otros casos, Dios no nos responde porque lo que le pedimos no es conveniente, o

libre albedrío. En tales casos es preferible que oremos para que Dios resuelva el problema o nos ayude a sacar el mejor partido de la situación, por más que no sea ideal. Otra posibilidad es que Dios quiera valerse de lo que está ocurriendo para enseñarnos, por ejemplo, paciencia: «Hermandades mías, gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia» (Santiago 1:2,3, RV95). En otras ocasiones la respuesta divina está en camino, pero aún no acertamos a verla. Cuando sucede eso, Dios quiere que demos nuestra

Cualesquiera que sean las circunstancias, Dios puede indicarte no solamente si debes seguir orando, sino también cómo hacerlo con la mayor eficacia posible. Si sabes que tus plegarias están bien dirigidas, puedes tener la tranquilidad de que Dios las responderá cuando considere que el momento y las circunstancias son propicios. «Esta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: que si pedimos conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido» (1 Juan 5:14,15, NVI).

Mientras tanto, sigue confiando en Dios. Cree en Sus promesas, en Su amor, en Su poder, en Su sabiduría y en Su deseo de darte lo mejor. Nunca te defraudará. ⇐

COMO ACTUAN LAS ORACIONES



EL SEÑOR DEJA QUE MUCHO dependa de nosotros, de nuestro interés y nuestras oraciones. Si oramos a medias, obtenemos media respuesta. En cambio, si clamamos de todo corazón, nos da respuestas claras y contundentes. Cuanto más intensa es la oración, más nítido es el reflejo. La oración se refleja o es respondida con la misma intensidad con que se originó, como cuando se proyecta un haz de luz sobre un espejo. Rebota con la misma fuerza con que empezó.

Dios deja un montón de cosas en nuestras manos. Mucho depende de nuestra fe, de nuestras oraciones y de lo que queremos que se haga. Si nos

avivamos para rogar por una persona necesitada o una situación de apuro, Dios se mueve y hace algo. Pero muchos tienen una actitud perezosa y por lo visto piensan que, pase lo que pase, Él lo hará todo. En realidad depende mucho de nosotros. Dios quiere que manifestemos interés orando, y que le pidamos en concreto lo que queremos que haga.

Si de verdad tenemos fe, Dios escucha y responde

cada una de nuestras oraciones. Pero si no oramos, no pasa nada. Depende muchísimo de nosotros. Es preciso que visualicemos a las personas por las que oramos, que recemos explícitamente por ellas y le pidamos al Señor que haga tal o cual cosa.

La intensidad y seriedad de nuestra oración y nuestro deseo se refleja en la respuesta. Lo podríamos comparar con una onda de radio que da contra un

jugador da la tacada inicial para dispersarlas por la mesa. Luego los jugadores se van turnando para tratar de meter en las troneras tantas bolas numeradas como puedan. No está permitido cambiar de posición con la mano ninguna de las bolas, ni siquiera la blanca, salvo en ciertos casos concretos. El jugador debe procurar impulsar la bola blanca con el taco de forma que golpee una de las bolas con el ángulo preciso para introducirla en una tronera o para empujar a otras bolas hacia una tronera, si es necesario haciéndolas rebotar una o más veces en las bandas laterales.

La oración funciona de manera muy parecida. Dios definió las reglas del juego y dio la tacada inicial. Las diversas personas y situaciones están en la posición que Él ha determinado, y hay que jugar conforme a Sus reglas. Él dispone en un principio la posición de las bolas, y tenemos que jugar con lo que hay.

Lo que pase después depende mucho de la posición de las diversas personas y situaciones; pero nuestro modo de orar por ellas también afecta el resultado. La manera de formular o expresar nuestra oración y de pedirle a Dios que la responda se podría comparar con la forma de impulsar la bola blanca con el taco. La

fuerza, el ángulo y el efecto de la tacada se complementan para determinar el resultado de la jugada.

En cierta modalidad del juego hay que golpear las bolas en un orden determinado. No se puede golpear una bola sin haber metido en las troneras las anteriores. Naturalmente, quien numeró las bolas fue el inventor del juego.

En tu condición de jugador, tú no determinas la posición que ocuparán la bola numerada y la bola blanca cuando te llegue el turno. Eso depende de dónde hayan quedado luego de la tacada inicial y de las jugadas posteriores. Hay que esperar a que la bola blanca y la que se quiere golpear estén en buena posición con respecto a una tronera, y entonces sólo resta jugar con precisión para meter la bola donde se quiere.

La primera jugada la hizo Dios. Fue Él quien hizo el tiro de apertura y esparció las bolas. Conforme avanza la partida, Él y los demás jugadores van alterando la posición de las bolas con sus jugadas. La única diferencia es que Dios no pretende vencer. Si estás de Su parte, Él te ayuda a ganar.

Es como una partida por parejas: tu compañero es Dios; y tus rivales, el Diablo y sus secuaces. Dios hace Sus jugadas con vistas

satélite y se refleja según su intensidad. La potencia de la señal emitida determina la potencia de la señal que se refleja y se recibe. El resultado de nuestra oración —la respuesta o ayuda que reciba la persona por la que oramos— depende de la intensidad o fervor de nuestra súplica. La persona no recibe más de lo que enviamos.

¿Por qué hay respuestas que tardan más que otras? Algunas oraciones son como ondas de radio que rebotan en un planeta distante. Es posible que la respuesta tarde años, pero a la postre llegará.

Aunque nos gustaría que nuestras oraciones se vieran respondidas en el acto, es posible que eso no ocurra porque el Señor sabe que no es el momento indicado. Lo podríamos comparar con el lanzamiento de una nave espacial con destino a la Luna. El momento escogido depende de la posición de la Tierra y de la Luna. ¿Por qué se elige determinada fecha? Porque la Luna tiene que estar lo más cerca posible de la Tierra cuando llegue la nave espacial, a fin de que al momento del regreso a nuestro planeta todavía esté lo bastante próxima para poder volver.

El billar americano también es una buena analogía. El juego tiene sus variantes, pero en todos los casos se emplea una mesa con seis troneras o agujeros y se utiliza una bola blanca para meter las otras en las troneras.

El jugador controla la fuerza y la dirección con que golpea la bola blanca; de ello depende todo lo demás. Lo típico es jugar con quince bolas numeradas que se disponen formando un apretado triángulo en uno de los extremos de la mesa. Un

a facilitar las tuyas. Claro que por muy bien que te lo prepare todo, si no apuntas bien, no sirve de nada.

Por muy buena puntería que tengas, la bola numerada —o sea, la persona o situación por la que ores— tiene que estar en determinada posición para que la puedas golpear bien. Aunque juegues estupendamente, si el trayecto hacia el objeto de tus oraciones está obstruido, tus oraciones no le llegarán. Depende mucho también del destinatario de tus oraciones. Para que se beneficie de ellas, tanto tú como él tienen que estar en la posición debida.

Otro ejemplo con el que podemos ilustrarlo son las ondas de radio. Digamos que se quiere enviar un mensaje vía satélite al otro lado del mundo. Para empezar, el mensaje no se transmitirá si el aparato no está enchufado a la corriente. En segundo lugar, el transmisor tiene que estar en buenas condiciones. Si es

defectuoso o se ha desajustado, o está mal sintonizado, no transmitirá bien, y el mensaje no llegará con claridad. Además, la antena debe estar bien orientada para que el mensaje llegue al satélite de comunicaciones.

En esta ilustración, tú eres el transmisor con su antena, el Espíritu Santo es la fuente de energía, y la voluntad de Dios, el satélite. En cierto sentido, el Señor determina y limita la trayectoria de tu oración, porque si no la diriges a la zona cubierta por el satélite, el mensaje no llega. El satélite, que es la voluntad de Dios, está en una órbita fija que no puedes alterar, como el plan general de Dios, que también está predeterminado. Tú debes orientar la antena de forma que al emitir tu oración ésta quede dentro de los límites de esa órbita fija. De nada servirá que envíes el mensaje a otra parte. Hay que apuntar bien.

Si estás bien sintonizado, el Espíritu Santo encauzará

tu oración. Si tu transmisor es automático y está controlado por el Espíritu Santo, se sintonizará por sí solo. La computadora del Señor regulará la potencia, la emisión, la dirección, todo, de forma infalible. En cambio, uno puede echarlo todo a perder si se pone a manipular los diales y a cambiar la configuración por su cuenta. Además, el satélite de la voluntad del Señor debe estar en la posición precisa para que la comunicación rebote hacia el receptor, el cual a su vez debe encontrarse en la posición justa para captar la señal.

Como ves, son varios los factores que influyen en la oración. Y cualquiera de ellos puede hacer que no obtengamos una respuesta inmediata. Puede que seamos nosotros mismos los que estamos entorpeciendo la comunicación, o que no sea el momento escogido por Dios, toda vez que Su satélite no se encuentra aún en la posición precisa. La dificultad también puede estar en el otro extremo.

En resumen, la oración depende de cuatro factores principales: tu posición, la de Dios, la de la persona o situación por la que oras, y la forma en que oras.

Volviendo a la ilustración del billar americano, diríamos que depende de la posición de la bola blanca, de la bola que

vas a golpear, de la tronera y de la habilidad con que juegues. Tú no determinas totalmente el resultado; tampoco la persona por la que oras, y Dios se ha fijado límites para no determinarlo totalmente, dejando que influyan esos otros factores.

En la analogía de la transmisión por radio, la posición del satélite de Dios es fija; pero el aprovechamiento de él que se haga depende de ti y del beneficiario. Por decirlo de alguna manera, Dios ha fijado la *posición* general de Sus designios; pero el lugar que ocupes dentro del plan divino depende de tu posición, de la de la persona o situación por la que ores, y de que apuntes bien para que la señal llegue al satélite.

En suma, el Señor deja mucho en nuestras manos y en manos del destinatario. Él siempre hace Su parte; Su órbita es fija y Su satélite siempre está donde corresponde. Por tanto, lo único que puede alterar el resultado es tu posición y la del beneficiario, así como la energía y dirección de tu transmisión.

Así funciona la oración. Si lo que pides se ajusta a la voluntad de Dios —lo que Él considera mejor para todos los afectados—, si tanto tú como el destinatario de tu oración se encuentran en la posición debida y apuntas con precisión, darás en el blanco y lograrás el efecto deseado. ↩

LECTURAS

ENRIQUECEDORAS

ORACIÓN MEDITATIVA
LA ORACIÓN MEDITATIVA
NOS LLEVA A LA PRESENCIA
DE DIOS.

Salmo 4:4

Salmo 46:10

Salmo 63:5,6

Santiago 4:8

MEDITAR EN EL SEÑOR NOS
INFUNDE FE, ESPERANZA Y
PAZ INTERIOR.

Salmo 16:8,9

Salmo 104:34

Isaías 26:3

Isaías 30:15

Filipenses 4:6,7

LA ORACIÓN MEDITATIVA
NOS PREPARA PARA ESCU-
CHAR PALABRAS DEL CIELO.

Job 37:14

Jeremías 29:13

Jeremías 33:3

Mateo 6:6

MEDITAR EN LA PALABRA
DE DIOS.

Josué 1:8

Salmo 1:2

Salmo 119:15

Salmo 119:99

Salmo 119:148

1 Timoteo 4:15

HASTA JESÚS NECESITABA
PASAR RATOS ORANDO Y
MEDITANDO.

Marcos 1:35

Marcos 6:46

Lucas 5:16

Lucas 6:12



2^a
PARTE
LA *mujer*,
EL PRÍNCIPE
Y EL DRAGÓN

Scott MacGregor

Lo sucedido hasta ahora...

Una misteriosa mujer da a luz en los Cielos a un hijo destinado a regir los destinos del mundo. Enseguida comprendemos que se trata de Jesús. El dragón de siete cabezas —también llamado *la serpiente*— queda rápidamente identificado como Satanás. Éste intenta acabar con el niño, pero su plan se frustra cuando el pequeño es trasladado al Cielo.

El dragón y los ángeles caídos que lo secundan son arrojados a la Tierra después de perder una titánica disputa en la dimensión espiritual. No pudiendo acceder más a los salones del Cielo donde antes cumplía la función de principal acusador y viendo que el tiempo que se le otorga para desatar un

infierno en la Tierra es muy corto, Satanás monta en cólera.

En los Cielos se lo describe como un dragón escarlata de siete cabezas. En cada cabeza tiene una diadema o corona, las cuales simbolizan reyes o reinos de antaño. El siguiente capítulo del Apocalipsis nos revela una bestia espantosa que también posee siete cabezas; y en el capítulo 17 dice claramente que esas cabezas representan siete reyes o reinos. En la época de Juan, cinco de esos reinos ya habían caído —es decir, ya habían pasado a la historia—, uno estaba en existencia y el último aún no había surgido (Apocalipsis 17:10).

Al cotejar esa información con el libro de Daniel, concluimos que los cinco reinos *caídos* a los que se refiere fueron —en orden cronológico— Egipto, Asiria, Neobabilonia, Persia y el imperio de Alejandro Magno. En ciertos períodos de la Historia todos ellos esclavizaron, conquistaron o dominaron de algún modo a los hebreos (posteriormente llamados *judíos*), pueblo por cuyo intermedio Dios escogió obrar en la era del Antiguo Testamento. El imperio que ejercía el poder cuando Juan tuvo esta visión y escribió el libro del Apocalipsis era Roma, que gobernaba tanto a judíos como a cristianos. El

reino que «ha de venir» es el del Anticristo, el último de todos.

Desde la época de Roma, ningún imperio ha dominado el mundo en su totalidad. (Cabe aclarar que ni Roma ni los cinco reinos anteriores dominaron el mundo entero, pero sí el mundo occidental conocido, o lo que desde la perspectiva judía se consideraba civilizado o lo suficientemente importante para conquistarlo.) En cambio, el imperio final del Anticristo sí abarcará todo el orbe. «Se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación» (Apocalipsis 13:7). Eso significa que por una última vez la totalidad —o la casi totalidad— del pueblo de Dios vivirá inicialmente bajo la autoridad del dragón, personificado en el Anticristo, aunque no necesariamente bajo su dominio.

También descubrimos que la bestia de Apocalipsis 13 recibe su poder del dragón (Apocalipsis 13:2), de donde se infiere que en el plano espiritual las siete cabezas del dragón corresponden a las siete cabezas de la bestia. Además, las Escrituras narran que cuando el dragón es arrojado a la Tierra, se encarna en el futuro dirigente del último imperio.

Por medio del Anticristo —un hombre poseído por el Diablo— el dragón persigue a la mujer, a la que se le otorgan alas para que huya al desierto, donde la alimentan y prote-

gen durante tres «tiempos» y medio. El Apocalipsis y otros pasajes bíblicos nos dan a entender reiteradamente que el período de Gran Tribulación durará 1260 días. El versículo 6 del capítulo 12 da esa cifra; y en el versículo 14 aparece de forma críptica. Si se divide 1260 por tres y medio, se obtiene 360, que era la duración del año según el antiguo calendario judío. Así, pues, «tiempos» significa «años».

Reanudamos el relato...

(A partir de Apocalipsis 12:15.) El dragón arroja de su boca un torrente de agua con la intención de ahogar a la mujer, pero la tierra se traga el aluvión y la mujer se salva, al menos temporalmente. ¿Qué simboliza ese torrente de agua? Sabemos que el Diablo es mentiroso, tanto así que Jesús lo llamó «padre de mentira». «No hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de mentira» (Juan 8:44). Si el Diablo hace honor a su fama, ese torrente bien podría ser una campaña de difamación y propaganda negativa destinada a perjudicar a la mujer. No obstante, al público, hastiado de los mismos cuentos de siempre, esos embustes le entran por un oído y le salen por el otro. Es lo que suele suceder con la mala publicidad. La campaña termina en fiasco y pronto pasa al olvido.

«Ellos [los que crean en Dios en el Tiempo del Fin] le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraros, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.»

Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo».

Apocalipsis 12:11-17

Aun en esa época tan difícil, la mujer recibe sustento y se mantiene a salvo del Diablo en un lugar que la Escritura denomina *el desierto*. ¿Qué puede representar el desierto? Por lo visto es un sitio donde el Anticristo no puede alcanzarla, un sitio a todas luces inaccesible para él. Podría tratarse de un desierto en sentido literal o de un lugar recóndito alejado de la civilización, aunque es más probable que simbolice cualquier lugar que quede fuera del alcance del Anticristo, como por ejemplo, los países en vías de desarrollo, en los que la falta de avances tecnológicos dificultarán la puesta en vigor de su «marca» y de su sistema crediticio internacional.

Sin embargo, habrá personas que, pese a guardar los mandamientos de Dios y creer en Jesús, serán más vulnerables. Se trata de quienes permanezcan en los bastiones del Anticristo para llevar a cabo la importante tarea de dar a conocer dos importantes verdades a quienes estén interesados en escucharlas: una, la salvación en Jesús; y la otra, la condenación del Anticristo y sus fanáticos partidarios. Los testigos del Señor se negarán a someterse al régimen tiránico y diabólico del Anticristo, por lo que éste los declarará subversivos, delincuentes y enemigos del estado, y desencadenará una persecución contra ellos.

Pero los llamados subversivos se alzarán con la victoria, y el Anticristo acabará vencido. Pese a ser objeto de crueles persecuciones a lo largo de la Historia, los cristianos siempre han terminado venciendo, mientras que los regímenes de sus perseguidores quedaron relegados al olvido. Dios cuida de Su pueblo, el cual saldrá victorioso a pesar de esos difíciles tres años y medio en que tendrá que enfrentarse al enemigo más feroz que haya tenido jamás.

¿Y quién es ella?

¿Quién es esa misteriosa mujer? Sabemos que es perseguida durante la Gran Tribulación, de donde se desprende que tiene que estar viva en esa época. Por otra parte, hay que tener en cuenta que ya vivía cuando nació Jesús. Es decir, que no es una mortal como cualquiera de nosotros, sino un ente mucho mayor.

En cierto sentido, Jesús provino o nació del cuerpo de creyentes. Ese cuerpo todavía vive hoy en día y seguirá vivo aun en medio de la Gran Tribulación. Se trata de una mujer espléndida: la cubre un manto de sol, y estrellas adornan su cabello. Si aceptaste a Jesús como Salvador, formas parte de esa mujer, la verdadera Iglesia, el cuerpo de creyentes. ⇐

Cuanto más callada esté la mente, más eficaz, digna, profunda, perfecta y elocuente es la oración.
Maestro Eckhart

¿Cuántas veces me presento ante Dios, no con pedidos consumistas, sino simplemente para pasar tiempo con Él, para discernir lo que Él quiere de Mí y no al revés?
Phillip Yancey

Si bien mis necesidades me mueven a orar, cuando lo hago me veo cara a cara con la necesidad más acuciante de todas: encontrarme con el propio Dios.
Phillip Yancey

Vuélvete hacia Jesús; contempla Su rostro y verás que lo terrenal perderá valor a la luz de Su gran majestad.
Helen Lemmel

Hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.
Filipenses 4:8



Un día perfecto

Joyce Suttin

HOY FUE UN DÍA PERFECTO. No de esos en que uno no hace nada (también he disfrutado de algunos de esos en que uno se levanta tarde y no da golpe). Tampoco fue perfecto en términos de lo que logré, ni estuvo totalmente exento de dificultades. Aun así, fue tan perfecto desde el principio hasta el final que ahora me siento impulsada a volver sobre mis pasos para tratar de descubrir qué fue lo que hizo que resultara así. Tal vez pueda hacer que se repita.

Me desperté temprano y empecé la jornada con una caminata de 3 kilómetros en la que di gracias a Dios por mis seres queridos. Mientras ponía en marcha el cuerpo y el espíritu, recé por ellos. Después me tomé un rato para leer detenidamente un texto devocional, reflexionar y orar para que aquellas palabras me transformaran. Escuché algunas canciones hermosas, cuyas letras de alabanza a Dios me llenaron el alma. Pasé unos momentos más disfrutando de la amorosa presencia de Jesús y observando unos arcos iris etéreos que flotaban en la habitación, producto de un prisma que había colgado y que descomponía la luz del sol.

Después de desayunar, planifiqué el año lectivo e hice los pedidos de materiales didácticos para los alumnos a los que doy clase en casa; luego los ayudé con sus estudios de primero, séptimo y noveno grado. Aunque fue una mañana de mucha actividad, me sorprendió que estuviera libre de presiones. El tiempo que había pasado con Jesús sin duda valió la pena.

Mientras cortaba las verduras para el almuerzo, empecé a desanimarme un poco; pero entonces me puse a dar gracias a Dios por la abundancia de alimentos saludables que nos provee, y por mis familiares y la buena salud de la que gozan. Aunque tenía las manos ocupadas, mi corazón y mi mente estaban lejos, en presencia de Jesús, disfrutando de dulce comunión con Él. Era el ánimo que necesitaba.

Mientras hacía un mandado en el auto, me puse a escuchar unas piezas de piano francamente inspiradoras.

Avanzaba con el tráfico, pero no sentía la habitual tensión en los hombros. Un hombre mayor hizo un giro exageradamente lento que exasperó a los otros conductores. Pero yo me puse a rezar por él y a agradecerle al Señor que todavía pudiera manejar a su edad. También le agradecí que me cuidara mientras manejaba.

De vuelta en casa, entre mensajes electrónicos, llamados telefónicos y una breve visita de una vecina, preparé la cena, hice el aseo y pasé un rato con mi hijo adolescente. A veces me preocupo por él. Sin embargo, mientras conversábamos y me contaba sus opiniones, inquietudes y sueños, Jesús me ayudó a ver en él una dulzura y profundidad que a veces se me pasa por alto.

Al atardecer, salí a pasear con mi marido. Tomados de la mano, observamos el sol, que teñía las nubes de azul lavanda y rosado, y dimos gracias por la vida tan afortunada que llevamos.

Aunque tengo claro que no puedo pretender que todos los días sean así de perfectos, sé qué hacer para aumentar las posibilidades de que lo sean: Me tomaré tiempo para conectarme con Jesús y para renovar esa conexión a lo largo del día meditando en Él y en Su bondad. ↩

Joyce Suttin es miembro de La Familia Internacional en los Estados Unidos.

Reposa EN MÍ

Me encanta que tengas íntima comunión conmigo. No siempre tiene que haber palabras de por medio, ni siquiera alabanzas. Podemos comunicarnos místicamente si vuelves tus pensamientos hacia Mí y dejas que tu mente y tu espíritu permanezcan en Mí.

Podemos ser como dos amantes que se alegran de solo pensar en estar juntos, aunque sea sin intercambiar palabras. Para ellos, abrazarse y mirarse a los ojos es suficiente comunicación. Sus corazones están en sintonía. Ni siquiera necesitan comunicarse verbalmente, pues están tan unidos que saben lo que el otro piensa. Lo mismo puede pasar entre nosotros. Comienzas por alabarme o por pensar en Mí, por volver tu corazón hacia Mí y meditar en la bondad que te manifiesto; y al hacerlo, entablamos conexión espiritualmente.

Se necesita verdadera paz y contentamiento de espíritu para crear ese vínculo conmigo. En muchos casos, la conexión no se establece cuando hay nerviosismo en el ambiente o andas con la cabeza preocupada por otras cosas. Es como aprender a flotar en el agua. Si te mueves demasiado, se rompen el equilibrio y la conexión conmigo y empiezas a hundirte. En cambio, si te limitas a reposar y te concentras en relajar cada músculo de tu cuerpo y en aislarte del ruido del mundo, verás que el agua te sostiene perfectamente. Te sentirás en la gloria.

Quisiera que aprendieras a alcanzar ese estado de plena relajación mental y corporal en el que Yo ocupo enteramente tus pensamientos. Podré entonces velar más directamente por tu espíritu, guiarte en tus asuntos importantes y ofrecerte soluciones a los problemas que te aquejan.